

DERROTADOS, PERO NO CABIZBAJOS

PERRY ANDERSON: *Spectrum. From right to left in the world of ideas*, Londres y Nueva York, Verso, 2005, 398 pp.

En las indicaciones para la recepción de originales de la *New Left Review* se conmina a los autores a que modelen su escritura en la de Benjamin, Bloch o Marx —que se alejen por lo tanto de la típica aridez académica—, y que dirijan sus ideas, expuestas con viveza, elegancia e inteligencia, a un público general que se supone leído y juicioso. En “Renovaciones”, el artículo con el que Perry Anderson, el editor, presentaba la nueva etapa de la revista tras el transcurso de sus primeros cuarenta años de vida, se les instaba asimismo a los colaboradores a que, ni por pundonor ni por estilo, sino porque se trataba de un combate político en toda regla, no permitieran que fuera sólo la derecha quien estuviera en condiciones de atribuirse los dones de la concisión y la contundencia. Hoy muy pocos escriben tan brillantemente como Perry Anderson, y pocos hay también que se hayan propuesto orientarse en el mundo de las ideas contemporáneas con tanto discernimiento y erudición, con gallardía y fino argumento. (Y las ideas, según el materialismo histórico desde el que él sigue argumentando, están en última instancia determinadas por el modo en que se vive). El fruto de este empeño han sido títulos ya clásicos como *Considerations on Western Marxism*, *Arguments within English Marxism*, *In the tracks of Historical Materialism*, *A Zone of Engagement*, *Mapping the West European Left*, *The Origins of Postmodernity*... además de traducciones e innumerables críticas de libros en la *NLR* y en la *London Review of Books* —y esas críticas son, mejor dicho,

análisis políticos por todo lo alto (por ejemplo, la reciente e impresionante “Union Sucrée” sobre la Francia actual)—: muchos años consagrados a dibujar un panorama de lo que ha sido y sigue siendo el campo de batallas intelectual (que no exclusivamente académico) de nuestro tiempo.

Spectrum es el último de estos trabajos, una compilación revisada de algunos de los trabajos aparecidos entre 1992 y 2005 en la *NLR*, la *LRB* y *The Nation*: una agudísima brújula para marcar el norte de la frágil izquierda marxista de hoy, señalando por oriente y poniente las mareas en las que uno se puede perder —o encontrar—, desbrozando la espesura de las teorías, las intervenciones y los nombres. Dividida en tres partes (1ª Política, 2ª Filosofía y 3ª Historia), este orden se corresponde exactamente con una gradación según la orientación política de los protagonistas de los artículos, en parte como si no se pudiera asumir de lleno ese espíritu combativo al que se apelaba, como si la política y la filosofía se abandonasen resignadamente a los enemigos, y la historia fuera el único lugar habitable para la izquierda contemporánea. En efecto, el punto de arranque político se reserva a un estudio de las reflexiones que la “derecha intransigente” del siglo XX le dedicó a la democracia de masas, y a él le siguen dos artículos sobre el espinoso papel de cierta intelligentsia, constitucionalista o liberal, según de quien se trate, surgida en Gran Bretaña al abrigo del thatcherismo. A continuación viene una inmersión de profundidad en las propuestas filosóficas del centro político de finales del siglo, y del que se dice, sin reserva alguna, que ha tenido un papel convenientemente “ajutable” a las coyunturales necesidades del

momento. El espectro se consume por fin en un productivo y memorable diálogo con las izquierdas amigas —algunas de ellas también con trayectorias muy en sintonía con la propia obra de Anderson—, pero no sin copiosas observaciones sobre los muchos retos y problemas no resueltos que habrán de confrontar las perseverantes propuestas que todavía se siguen inspirando en la obra de Marx.

Lo dicho: el recorrido se inicia por el ámbito de la política más a la derecha con las figuras de Michael Oakeshott, Leo Strauss, Carl Schmitt y Friedrich von Hayek, serpentea luego, sin dejar el recinto conservador, por la Gran Bretaña vista por Ferdinand Mount, y, también desde las Islas, pero con la mirada puesta en la antigua Europa del Este, se detiene durante un buen rato en el despliegue liberal y europeísta del archiconocido Timothy Garton Ash. Damos un paso un poco más al centro, y la posición tildada de cómoda la sostienen sin problemas los influyentes John Rawls, Jürgen Habermas y Norberto Bobbio. A ellos se les destinan tres artículos en los que los análisis de los argumentos clave de sus libros, el seguimiento de sus desarrollos intelectuales y políticos, la inteligente selección de citas, más una atenta mirada a los aspectos biográficos, se combinan magistralmente con un rastreo de sus intervenciones políticas (o su expresiva falta, en el caso de Rawls). Éstas también son el objeto del artículo que clausura la parte sobre filosofía, “Arms and Rights”, el que versa sobre los tres conjuntamente, y donde se recuerdan y analizan diligentemente las posturas adoptadas por cada uno de ellos en los diferentes conflictos bélicos de los últimos años, así como las concordancias y disonancias entre esas posturas y sus respectivos planteamientos filosóficos. Finalmente, la parte de la historia está en las manos de los ilustres Edward Thompson y Eric

Hobsbawn, a los que se suman artículos sobre dos grandes colaboradores de la *NLR*: Robert Brenner, autor del monumental *Merchants and Revolution* y, si se quiere estar al tanto de los movimientos de la economía norteamericana y mundial desde la Segunda Guerra Mundial, de los ineludibles *The Economics of Global Turbulence* y *The Boom and the Bubble*; y Göran Therborn, el sociólogo marxista que ha escrito numerosos textos sobre la familia, la ideología, el socialismo, la teoría crítica y la globalización. A ellos también se les unen sendos textos sobre Gabriel García Márquez y sobre el todavía bastante desconocido en España (parcialmente traducido pero no reeditado), Sebastiano Timpanaro, el inclasificable filólogo y crítico literario de afiliación marxista, fallecido en el 2000.

El libro contiene una parte final de “Deudas”: primera, la contraída por Anderson con la *LRB*, donde evoca la interesantísima trayectoria de esta formidable revista —desde la deliberada evitación de toda crítica a la oposición laborista en tiempos de Thatcher, hasta el posterior y empecinado acoso al gobierno de Tony Blair, incorporando por el camino las referencias internacionales, las autobiografías y múltiples perspectivas teóricas—, mostrando lo fundamental que ha sido la labor editorial en su concepción y éxito, en el logro de una balanza entre el cuidado literario y el ingenio especulativo, y comparándola con otras revistas de crítica literaria en lengua inglesa, como la *New York Review of Books*, veinte años mayor, pero con un estilo y orientación muy distintos. Y la segunda y última, la que arrastraba Anderson desde su infancia: el total desconocimiento de la vida de J.C. O’G. Anderson, su padre, empleado de la oficina aduanera *Chinese Maritime Customs* y fallecido cuando Anderson tenía tan sólo ocho años. El fortuito descubrimiento en

los años noventa de una maleta llena de cartas escritas por el padre despierta en Anderson la curiosidad por reconstruir sus andanzas durante los primeros y violentos años de la China revolucionaria.

Dado que una pormenorizada exposición de los senderos abiertos por cada uno de los artículos daría para mucho más que una reseña, y en parte porque entre ellos no hay un teórico denominador común que los conecte, excepto, claro está, una auténtica maestría memorística y una claridad expositiva digna de admiración (y el perfeccionismo y el talento a la hora de escribir no son obviamente de índole teórica, sino que tienen que ver más bien con el orden de la experiencia), quisiera concentrarme en lo que resta en uno de los personajes del libro, Sebastiano Timpanaro, con la esperanza de darle a conocer un poco más, vía Perry Anderson, en nuestro país.

Según Perry Anderson, es lugar común en Italia que el personaje central del relato *Pruebas* de George Steiner se perfiló tomando como modelo la fascinante vida de Timpanaro. La de un filólogo tenaz —autor de libros rigurosísimos sobre Giacomo Leopardi, el clasicismo dieciochesco, la filología de Karl Lachmann o el socialismo de Edmondo de Amicis, miembro asimismo de la Accademia dei Lincei y de la British Academy—, encendedor de polémicas en el seno del Partido Socialista Italiano, posteriormente fuera de él, autor de valiosas obras de referencia sobre el materialismo y el psicoanálisis; también la vida de alguien al que no le quedó más remedio que ganársela no en el mundo académico, como era de esperar, sino como corrector de pruebas en una editorial en Florencia, porque su agorafobia y su nerviosismo le jugaban muy malas pasadas en las entrevistas laborales e incluso le impidieron salir, salvo en una ocasión, de su ciudad. Pero si en el relato

el filólogo en cuestión es descrito, muy provechosamente para la visión del mundo de Steiner, como un comunista trasnochado cuyo único camarada con el que tiene ocasión de discutir es un cura tan hostil como él al consumismo capitalista, pero mucho más perspicaz a la hora de vislumbrar los males del estalinismo, el Timpanaro auténtico no fue dócil a ningún partido ni se mantuvo encerrado en una protectora torre de marfil. Anderson recuerda, por ejemplo, de una conversación mantenida con él, que los nervios y el terror que siempre le embargaban ante una audiencia escolar o universitaria, desaparecían por completo y sorprendentemente en la concurrenada y agitada atmósfera de las asambleas políticas, hablando ante las masas.

Pero Timpanaro tuvo además la habilidad de lograr que su obstinado compromiso revolucionario encontrara un firme sostén teórico y textual en la crítica literaria, las minuciosas disquisiciones filológicas y sus profundos conocimientos de lingüística e historia. En su pluma, la figura de Leopardi encarnaba el impulso social y político característicos de la Ilustración radical en su intento de rehabilitación, en medio de la virulencia romántica post-revolucionaria, de la tradición clasicista heredera de las virtudes republicanas de Atenas y Roma. Timpanaro observaba dos tendencias contrapuestas en algunos nombres del romanticismo europeo, anticipándose con esta tesis a lecturas posteriores (y menos interesantes) en la misma línea, tales como la de Paul de Man: por un lado, los románticos prolongaban la perturbación social revolucionaria al dislocar con sus insólitas maneras estéticas los roles sociales transmitidos por el Antiguo Régimen, al acentuar la expresividad y la pasión subjetivas contra los cánones heredados del mundo clásico, y al ensimismarse en las tradiciones populares

como amparo frente a la expansión de los ejércitos napoleónicos; pero, por otro, y como la otra cara de la moneda, servían a las ascendentes clases burguesas poniéndoles en bandeja el cortapisas estético que les protegía del peligro real de que alguna de sus facciones cayese de nuevo en la radicalidad jacobina, obstaculizando la profundización democrática abierta por la Revolución, y legitimando y afianzando ideológicamente su recién adquirido poder político.

Y es aquí donde el clasicista Leopardi irrumpe, en medio de este torbellino, rechazando el culto a la legendaria Edad Media, renegando del cultivo del espíritu y la fantasía propios del romanticismo, regresando en su lugar a los pilares políticos republicanos, y abanderando las cruzadas materialistas de la Ilustración (La Mettrie, Helvétius o Holbach). En él veía Timpanaro un preclaro precursor del materialismo que todavía estaba por venir, uno que no fuera tontamente embaucado por la promesa de una utópica humanidad hecha sujeto y bucólicamente liberada de todos los conflictos y calamidades, un pesimismo sobrio y convencido de que la naturaleza humana, su misma *physis*, por decirlo así, tenía una tendencia a la muerte, al dolor y la angustia. Pero también veía en él, sin embargo, a alguien que rotundamente encomendaba a la humanidad a convertir en realidad los valores igualitarios de la solidaridad y la fraternidad, aquéllos que habrían de servir como los únicos antídotos viables frente a la debilidad humana y su aterradora nimiedad en el vasto universo. La naturaleza humana, sostenía Timpanaro —y advirtiendo repetidamente de ello a la izquierda insurgente de los años sesenta y setenta— tiende a la pasividad, el sufrimiento y la parálisis. Creer que el hombre se va a liberar de sus ataduras mediante el activismo ingenuo de la praxis es tan inútil e

infantil como esperar que el sol empiece a girar a partir de hoy alrededor de la tierra. Y traía a colación las reflexiones sobre el cosmos de Engels: “Podrán pasar millones de años, cientos de miles de generaciones nacerán y morirán, pero inexorablemente llegará el tiempo en que el calor del sol será tan tenue que ya no podrá derretir el hielo que se desliza desde los polos, y en el que la raza humana, agolpándose más y más en la zona del ecuador, no podrá volver a hallar el ansiado calor para la vida”. Hoy, sin embargo, Engels y Timpanaro tendrían que aceptar que si bien nos es mucho más fácil imaginar un hipotético fin del universo que el fin del capitalismo mismo —como ha dicho con tino Fredric Jameson—, será probablemente el capitalismo, y no la naturaleza, el que acabe antes con nosotros.

El Timpanaro que se identificaba con Leopardi, escribe Anderson, también llevó su positivismo materialista y su sapiencia discursiva a las discusiones sobre una práctica que le tocaba personalmente y, más aún, que le frustraba muchísimo: el psicoanálisis. Le frustraba tanto porque, tal y como le comentó una vez, se había estado psicoanalizando durante un largo tiempo, pero sin resultados satisfactorios. Freud comenzó su andadura en la senda correcta, la del materialismo científico, respetuoso con los descubrimientos en el campo de la biología, la neurología y la medicina, sometiéndose al control de la observación empírica y demás; pero, andando los años, se fue progresivamente convirtiendo en un metafísico, un romántico si cabe, sazonzando sus por otro lado importantes hallazgos sobre la neurosis con una insoportable carga espiritual. Timpanaro se aferraba a su dolor, a ese síntoma que incluso le inhabilitaba a veces para cruzar una calle, como corroboración pesimista, pero anclada a la evidencia, de

que el psicoanálisis era inútil. Esto le unía todavía más con Leopardi, el gran poeta de la gran escoliosis, y le motivaba fieramente en su afán por convertir la filología en el sagaz detective que iba a descubrir las trampas lingüísticas de Freud. El típico lapsus freudiano, reductor irrefrenable de las corrientes del lenguaje al plano unívoco de lo sexual, podría explicarse más bien como la no menos típica “corrupción” léxica, desde tiempo inmemorial clasificada exhaustivamente por la labor filológica. Y Timpanaro se divertía en ofrecer todas las variaciones léxicas de una palabra que se le cruzaban por la cabeza, para confirmar que había que echarle mucho más que imaginación a la idea de que el origen de tanta variedad se había de hallar en los impulsos reprimidos provenientes de la libido. ¿No podrían ser, se preguntaba, el producto de la siempre compañera aprehensión ante la muerte o incluso la plasmación discursiva de problemas sociales no resueltos? Pero Timpanaro era también un impenitente lector de Freud, a veces incluso admirador y seguidor: allí donde el maestro daba una interpretación medianamente política o social, que no

sexual, de un sueño o una fobia, hasta ahí le acompañaba fielmente, aprobando con sus recursos filológicos todas y cada una de las aseveraciones.

Perry Anderson no se detiene a interrogar demasiado sobre la verdad o la validez de estas interpretaciones sobre el materialismo naturalista y el psicoanálisis para una teoría o política contemporánea de inspiración marxista; de hecho, el artículo concluye con una cita de Timpanaro en la que éste renuncia a la categoría de la “actualidad” como directriz del pensar o del obrar: “La actualidad es un criterio de juicio reductivo, anti-histórico y filisteo”. La simpatía mostrada hasta el momento hacia Timpanaro se cubre, así, hacia el final del artículo, por un intenso sabor agridulce, constante en muchas partes del libro y muy difícil de diluir: según Anderson, la izquierda a la que ambos se adscribieron fue derrotada salvajemente, por lo que ahora su mayor obligación es mantener la cabeza bien alta. ¿Por cuánto tiempo seguirá teniendo fuerzas para la rememoración, el rendir cuentas con unos y otros, el virtuosismo en la escritura?

Sonia Arribas
Instituto de Filosofía del CSIC

ÉTICA Y ALTERIDAD

GABRIEL BELLO REGUERA: *El valor de los otros*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 206 pp.

Oportuno, aunque nada oportunista, este último libro publicado por el profesor Gabriel Bello Reguera, catedrático de Ética y ensayista con una muy sugestiva trayectoria editorial. En efecto, el problema central del mismo está situado hoy en

el centro del debate ético y político en las sociedades del llamado primer mundo. En ellas se hace más necesaria que nunca la implicación de quienes poseen el bagaje teórico necesario para hacerlo, en los procesos de interacción intercultural. El fenómeno de la inmigración ha situado estas cuestiones como problemas de primer orden, tanto en el debate ciudadano como en la agenda política de los